

Carta desde Inglaterra

Cruz y cara de la poesía inglesa

Jordi Doce

El poeta inglés Simon Armitage acaba de publicar en Faber & Faber una desigual pero amena compilación de «poemas muy breves». Su título no engaña: *Short and Sweet* («Breve y dulce»). Tampoco el formato del volumen: el azul de sus tapas es un acuario portátil que cabe en cualquier bolsillo, y en sus aguas deambula un enjambre de peces luminosos, cuerpos de palabras que apenas avanzan se resuelven en un golpe de cola. Armitage ha reunido en esta pecera cien poemas, precediéndolos de un prólogo que sabe dejarle a la intemperie de sus carencias. Lo mejor de la compilación son los propios textos: es un placer volver a encontrarse con los versos de S. T. Coleridge, de Emily Dickinson, de Elizabeth Bishop, de Geoffrey Hill. Lo peor, sin duda, la estrechez de miras y falta de rigor del editor. No es sólo que su selección privilegie la poesía inglesa de los últimos cincuenta años, lo que de paso le sirve para ayudar a los amigos, ni que su desconocimiento de la antigüedad clásica le lleve a despreciar los encantos de la *Antología palatina*. Por olvidarse, se ha olvidado hasta de Marcial. De los cien poemas incluidos, sólo seis son de autores de habla no inglesa. La escasez explica su invisibilidad. Sorprende por ello la inclusión de «Ejemplo», de Octavio Paz, tan incómodo en esta compañía como la mariposa (¿o es Chuang Tzu?) que traza arabescos en el aire de Nueva York. Armitage prescinde por completo de la poesía española, hispanoamericana, italiana, francesa y alemana, a excepción del poema de Paz y de un epigrama de Apollinaire. Muchos de sus olvidos son imperdonables. ¿Dónde está, por ejemplo, la fulgurante «colomba» de Ungaretti? ¿Dónde la pincelada impresionista del último Brecht? ¿Dónde la voz proverbial de Machado? ¿Dónde, en fin, una triste moneda de Borges? No creo ser injusto: señalo ejemplos evidentes, que están en la mente de todo lector educado en la modernidad.

Digo «modernidad» y de inmediato comprendo mi equivocación. Armitage pertenece por voluntad propia a un linaje de poetas británicos que han despreciado una y otra vez las lecciones de la vanguardia: su tradición no es la de Eliot o Geoffrey Hill, ni siquiera la del joven Auden, con quien ha sido comparado en innumerables lemas publicitarios, sino la de John Bet-

jeman y Philip Larkin, cuyo dominio del oficio poético sólo es comparable a su insularidad provinciana y su ignorancia de las más elementales corrientes artísticas del siglo. Algo, no obstante, le aparta de sus maestros. Su aparente fecundidad (sus treinta y siete años le han dado ya para seis generosos poemarios) no esconde su falta de oído y entrenamiento formal: nada logra quitarme la idea de que sus versos son poco más que prosa cortada. Pero vuelvo a mi argumento: lo que distingue a esta generación de poetas británicos capitaneada por Armitage es su indiferencia hacia toda poesía escrita en lengua no inglesa, a excepción tal vez de ese par de poetas del Este europeo que tienen siempre la fortuna de encontrar un buen traductor. Hay excepciones, desde luego: Don Paterson, como sabemos, acaba de publicar sus irreverentes versiones de la poesía de Machado, Stephen Romer traduce con buen tino a Yves Bonnefoy, y desde su refugio escocés John Burnside gusta de citar a Jorge Guillén y Octavio Paz como influencias formativas. Pero estos tres no pasan de ser los tuertos en el país de los ciegos.

Armitage, ya digo, no está solo. Hace dos años, tuve la oportunidad de asistir con una amiga italiana a un congreso dedicado a las relaciones entre las poesías británica y norteamericana. Entre los participantes (algunos ilustres: recuerdo, en particular, una lectura alucinada de John Ashbery) los únicos extranjeros, aparte de nosotros, eran dos jóvenes estudiantes polacas que exhibían la misma mueca de maravillada perplejidad que nos tenía en silencio al fondo de la sala. Maravilla era, en efecto, que en tres días de congreso el único escritor extranjero mencionado por los ponentes fuera Dante. Son las ventajas de tener como admiradores a Seamus Heaney y Derek Walcott. La conclusión tácita de estos y otros encuentros es que la poesía en lengua inglesa crece y se reproduce en una burbuja impermeable. No pretendo caer en la generalización gratuita. Temo que un congreso semejante despertara reacciones semejantes en muchos ponentes peninsulares: si hemos de hacer caso a los silencios de los escritores «de la experiencia», el único poeta hispanoamericano digno de ser leído es Borges; pero un Borges reducido desde su árida atalaya a defensor de la ortodoxia y azote de vanguardistas.

Sin embargo, la endeblez ideológica del editor es aparente en una carencia más honda. En su introducción, que logra el difícil prodigio de ser breve y prolija al mismo tiempo, Armitage pasa por alto lo que cualquier lector avisado hubiera podido aclararle. Y es que no advierte que pocas épocas han privilegiado la fulguración de lo breve como la nuestra. Dicho de otro modo: la modernidad no inventó el poema breve, que existe desde siempre en sus varios modos (el epigrama, el epitafio, la canción, el acertijo). Pero